



QUIDORA

JOVEN MAPUCHE

Jacqueline Balcells
y Ana María Güiraldes



Ilustraciones de
FRANCISCO RAMOS.

Obras Escogidas
I.S.B.N.: 956-12-1320-6.
23ª edición: marzo de 2009.

© 1992 por Jacqueline Marty Aboitiz
y Ana María Cúiraldes Camerati.
Inscripción N° 83.408. Santiago de Chile.
Derechos exclusivos de edición reservados por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Editado por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Los Conquistadores 1700, Piso 10, Providencia.
Teléfono 8107400. Fax 8107455.
E-mail: zigzag@zigzag.cl
Santiago de Chile.

Impreso por RR Donnelley.
Antonio Escobar Williams 590, Cerrillos.
Santiago de Chile.



Quidora, Joven Mapuche

El alba blanqueaba los maizales y teñía de amarillo las quince rucas que formaban el pequeño poblado indígena. El bosque y la quebrada parecían aún dormidos en espera de que el sol asomara tras los picachos nevados. Y cuando Quidora, con sus cabellos sueltos hasta la cintura, se deslizó en silencio hacia la choza de paja donde dormía don Diego, un pájaro chilló entre las ramas de un canelo.

Todavía humeaba la fogata de la noche anterior, donde el padre de Quidora, el cacique, y los jóvenes guerreros que lo rodeaban se habían reunido a conversar junto al calor de las llamas. Habían planeado los últimos

¿Araucanos o Mapuches?

Uno o dos siglos antes de la invasión incaica a este país que aún no había sido llamado Chile, un pueblo guerrero llegó a instalarse a la altura del río Cautín, separando en dos a la población autóctona del lugar. Este pueblo invasor se llamaba a sí mismo *mapuche*, que quiere decir "gente de la tierra", y se supone que vino de las pampas argentinas, donde vivía como cazador nómada. Fueron los españoles, más tarde, los que darían el nombre de araucanos a estos indígenas que encontraron instalados entre el Biobío y el Toltén.

Los mapuches, al separar en dos a la civilización chilena preincaica, empujaron hacia el norte a una parte de ella y al resto hacia el sur. Los del norte pasaron a llamarse *picunches* y los del sur, *huilliches*.



detalles de la partida y bebido agua de hierbas purificantes preparada por la *machi* hasta que el cielo se puso del color de la luna. Ahora, los ronquidos de los hombres, cansados después de siete días de intensos ejercicios, se escuchaban tras las paredes de barro y paja.

La joven entró a la ruca del español con el silencio de un gato.

—Ya está todo preparado, Diego —susurró a la figura tendida en el jergón.

El hombre abrió los ojos y las hebras negras y brillantes del cabello de Quidora tocaron su frente. Las acarició con la mano y se incorporó a medias en su colchón de hojas de maíz.

—¿Qué dices, pequeña? —su voz era débil.

Bajos, cuello corto y tobillos gruesos

Los araucanos son bajos de porte, de grandes espaldas, cuello corto, muslos y tobillos gruesos, tanto en hombres como en mujeres. El pelo, negro y liso, les crece muy bajo sobre la frente y sienes. La piel es morena. El rostro es algo aplastado, con una nariz ancha y recta. Los ojos son pequeños y oscuros, generalmente de color pardo. La boca es grande y de labios carnosos.

La lengua mapuche: el chili-dugu

La lengua mapuche primitiva, el *chili-dugu*, se fue perdiendo luego de la conquista. Los mapuches se cruzaban con las mujeres de los vencidos chinchas y éstas transmitieron a sus hijos no sólo la sangre, sino también su lengua y su cultura. Según los lingüistas, entre los idiomas americanos el mapuche es uno de los más perfectos, y se caracteriza por su notable estabilidad fonética y por una estructura sencilla y analizable. Es, además, un idioma armónico y sonoro.

Los araucanos llamaban huínca al hombre blanco.



—Ha llegado el día —repitió la joven indígena. Y tocando la áspera barba del hombre, agregó—: Mi padre desató anoche el último nudo del *quipu* que le envió hace siete días el *maputoqui*, junto a la flecha ensangrentada.

Don Diego se enderezó con dificultad y su rostro se contrajo en un espasmo de dolor. La herida de su hombro aún no cicatrizaba, pese a las numerosas cataplasmas de hierbas que Quidora y la machi habían aplicado a diario sobre ella.



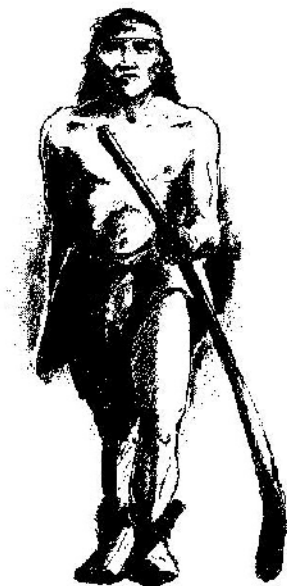
Indomables araucanos

La conquista de Chile fue la más difícil de las emprendidas en territorios americanos. Aparte de la pobreza en que tuvieron que vivir los conquistadores, que nunca hallaron el ansiado oro que creían que iban a encontrar, chocaron con los indígenas más belicosos y difíciles de someter del continente.

Los indígenas mapuches de la zona central y sur de Chile resultaron ser unos adversarios irreductibles, que durante tres siglos presentaron batalla a los conquistadores, en una guerra implacable.

Los españoles quedaron tan impresionados con la fuerza de los mapuches, que el primer poema épico inspirado por la conquista de América les fue dedicado a ellos, *La Araucana*, del poeta conquistador Alonso

de Ercilla y Zúñiga, canta el coraje de este pueblo y alaba el valor de Caupolicán, gran guerrero indígena salvajemente asesinado por los españoles en 1558.



ZZZZZZZZZZ

—¿El último nudo, dices? —preguntó, con voz tensa.

—Sí. Atacarán hoy, cuando el sol esté bajando hacia el mar oculto tras las montañas. Y además... —la muchacha bajó la voz y dejó la frase inconclusa.

—¿Sí? —el rostro de don Diego parecía esperar lo peor—. ¿Sí...? ¡Termina de hablar!

—Maulicán ha sido nombrado *toqui*..

El hombre dio un largo suspiro. Si era así, ahora más que nunca su vida corría peligro. Dejó que la joven, con dedos livianos, levantara las vendas que cubrían la herida. La flecha del guerrero Maulicán había sido certera para inmovilizar ese fuerte brazo.

Quidora se dirigió a un rincón de la choza y con dedos ágiles recogió sus cabellos en una gruesa trenza. El hombre contempló desde su lecho la figura ancha pero bien formada de la india. Cuando ésta hubo despejado su rostro de hebras negras, descolgó del techo un manojó de hierbas. Luego remojó un paño en un líquido oscuro y espeso que había dentro de una vasija de greda; con él envolvió las hojas y las apretó con fuerza entre sus palmas. Una vez listo el emplasto, caminó hacia el hombre y se arrodilló a su lado.

¿Que nos cuenta *La Araucana*?

“Chile, fértil provincia señalada
en la región antártica famosa,
de remotas naciones respetada
por fuerte, principal y poderosa:
la gente que produce es tan granada
tan soberbia, gallarda y belicosa,
que no ha sido por rey jamás regida
ni a extranjero dominio sometida.”

“Las armas dellos más ejercitadas
son picas, alabardas y lanzones,
con otras puntas largas enhastadas
de la facción y forma de punzones;
hachas, martillos, mazas barreadas,
dardos, sargentas, flechas y bastones,
lazos de fuertes mimbres y bejuocos,
tiros arrojadizos y trabucos.”

“Hacen su campo y muéstranse en formados
escuadrones distintos muy enteros,
cada hila de más de cien soldados;
entre una pica y otra los flecheros
que de lejos ofenden desmandados
bajo la protección de los piqueros,
que van hombro con hombro, como digo,
hasta medir a pica al enemigo.”

“Si el escuadrón primero que acomete
por fuerza viene a ser desbaratado,
tan presto a socorrerle otro se mete,
que casi no da tiempo a ser notado;
si aquél se desbarata, otro arremete,



—¡Qué habría hecho sin ti, Quidora!
—dijo él, cerrando los ojos.

Mientras la mujer, con sus manos toscas
pero delicadas, aplicaba la catasplama sobre la
herida, Diego volvió a rogar al cielo para que
este ataque indígena no tomara desprevenido a
su ejército. La situación para él era dramática
y maldijo el momento en que el cacique le
perdonó la vida. Recordó cuando había caído
de su caballo, con el hombro traspasado por la
flecha de Maulicán. Y recordó también la orden
del cacique que detuvo el brazo del joven gue-
rrero, cuando éste levantaba su
lanza para asestarle el golpe
mortal.



y estando ya el primero reformado,
moverse de su término no puede
hasta ver lo que al otro le sucede.”

“Son de gestos robustos, desbarbados,
bien formados los cuerpos y crecidos,
espaldas grandes, pechos levantados,
recios miembros, de nervios bien fornidos;
ágiles, desenvueltos, alentados,
animosos, valientes, atrevidos,
duros en el trabajo y sufridores
de fríos mortales, hambres y calores.”

“No ha habido rey jamás que sujetase
esta soberbia gente libertada,
ni extranjera nación que se jactase
de haber dado en sus términos pisada;
ni comarca ni tierra que se osase
mover en contra y levantar espada,
siempre fue exenta, indómita, temida,
de leyes libre y de cerviz erguida.”



El cacique Quilalebo había reconocido en él al hijo de don Alvaro, el capitán español con el que entablara una especial amistad durante una de esas cortas treguas que ocurrían, a veces, en aquellas tierras de Arauco. Ambos se habían enfrentado en una anterior batalla y, ambos también, habían sabido reconocer en el otro su señorío y valentía. Por eso, llegado el momento de la paz, los jefes intercambiaron agasajos y se reconocieron mutuamente como hombres temerarios y honestos.

Hacía menos de un mes, Diego se había alegrado de su buena fortuna. Y en esa oportunidad agradeció a Dios el haber heredado los ojos azules y de pestañas negras y crespas de su padre, gracias a los cuales el cacique había reconocido en él al hijo de don Alvaro de López y Mancilla. Sin embargo, ahora no estaba tan seguro de su suerte, pues la situación se volvía amenazante. Si los araucanos atacaban esa misma tarde, no tendría más remedio que huir de allí de inmediato. Hoy, por primera vez, sentía fuerte su cuerpo y su mente despejada. Trataría de ponerse de pie. ¡Tendría que llegar, fuera como fuese, hasta el fuerte antes del ataque! Si partía de inmediato y caminaba toda una jornada, tal vez lo lograría...

Loncos, ulmenes y toquis

Las familias araucanas formaban clanes, también llamados *rehues* o *loy*. Tales clanes vivían agrupados en rucas y tenían como jefe a un lonco. Estas agrupaciones de clanes en sus rucas formaban lo que nosotros conocemos por aldeas.

Los clanes o rehues, formaban parte de una organización más amplia: la tribu. Las tribus tenían un jefe civil, que era el *ulmen* o cacique, y un jefe militar que era el *toqui*. En caso de

guerra o emergencias, las tribus se reunían en *aille-rehues* y elegían de entre todas ellas a un *maputoqui* y a un *mapuulmen*.

Por último, todos los *aillerehues* de la costa, o del valle, o de la cordillera, se organizaban en *vuta-mapus*, bajo el mando del gran *toqui*.



No recordaba cuánto tiempo la fiebre lo había mantenido en una duermevela inquieta, pero sí recordaba las manos de Quidora refrescando su cara y alzando su cabeza para darle de beber. ¿Cómo no había imaginado antes lo que los indígenas preparaban? El estruendo de los ejercicios de guerra de los días anteriores había sido para él una pesadilla, unas voces que venían de una nebulosa lejana. Pero ahora, con la batalla contra la fiebre ganada, la inminencia de la ofensiva araucana lo aguijoneó como si otra flecha lo hubiese herido a mansalva.

Por su parte, su fuga sería ahora aún más difícil. El joven Maulicán, nombrado toqui, no desperdiciaría la ocasión de terminar con el hombre al que le impidieron matar en la batalla.

—¿Por dónde vaga tu espíritu? — la joven india lo contemplaba con ansiedad.

—Pensaba en tí, pequeña.

—¿Y qué pensaste de mí? — se alegró ella.

—Deberías unírte a Maulicán: he observado cómo te mira cuando entra a este lugar.

—¿Es que tú no me quieres? — los ojos de Quidora se oscurecieron aún más y la sonrisa se esfumó de sus labios.

Sus perros: el quiltro y el tregua

A la llegada de los españoles, los mapuches ya se habían hecho sedentarios y vivían de la agricultura y la ganadería.

La base de su ganado la formaban las ovejas, que les suministraban la lana para sus ropas y tejidos; la alpaca y la llama.

Los araucanos poseían también dos variedades de perros: el *quiltro*, pequeño y lanudo, y el *tregua*, de mayor tamaño, parecido al zorro culpeo.

Un carnero para cada uno

Los mapuches, al igual que todos los pueblos menos desarrollados, se alimentaban muy irregularmente. Podían soportar largos periodos durante las guerras, por ejemplo, comiendo muy poco o nada, y luego podían hartarse de una manera inusitada. Cuenta el cronista Núñez de Pineda y Bascuñán que

veo doce mapuches coger de un rebaño doce carneros, y comerse cada cual uno entero durante la noche.

Por lo general, la base de la alimentación de los mapuches era el maíz, los frejoles y las papas.



Diego no respondió y su brazo acarició la trenza brillante de la india. La joven tenía la mirada franca y confiada de un niño. Ella lo había cuidado abnegadamente, día y noche, y sentía que era su dueña. Sus ojos lo contemplaban con amor y posesión. Cogió la mano delgada pero fuerte de Quidora y la presionó contra su pecho, mientras sus pensamientos se concentraron en la huida.

El día avanzaba rápido y la actividad del poblado crecía. Las mujeres —algunas con un niño amarrado a sus espaldas—, terminaban de coser las corazas de pieles y de preparar las viandas para los guerreros; y los hombres, muchos de ellos con las cabezas rapadas, daban los últimos toques a sus armas.

Se escuchaban los zumbidos de las boleadoras y lazos de junco y dardos atravesaban el aire. Quidora, silenciosa y triste, no se había movido del lado de Diego, como si presintiera que esos serían sus últimos momentos junto a ese blanco de barba color maíz y ojos de cielo en verano que la había tratado con tanta dulzura.

El sol ya estaba en lo alto cuando el fornido cuerpo de Maulicán se inclinó para entrar en la ruca. En su mano llevaba un lazo.

El corazón de los vencidos

A los cautivos de guerra los esclavizaban o los sacrificaban, convirtiendo sus cabezas en trofeos o fabricando flautas con las tibias. A veces comían el corazón de los vencidos creyendo que con él absorberían las cualidades que en ellos admiraban.

“Mataron a dos caballos, hirieron a seis cristianos”

Pedro de Valdivia describió así su enfrentamiento con los mapuches en su primer reconocimiento de la región del Biobío:

“Aquella misma noche, al cuarto de la prima, dieron sobre nosotros siete u ocho

Cuando en 1553, luego de la batalla de Tucapel, los mapuches tomaron prisionero y mataron al conquistador Pedro de Valdivia, comieron su corazón. Estaban seguros de que al hacerlo adquirirían las dotes guerreras y el coraje del español muerto.

mil indios, y peleamos con ellos más de dos horas, e se nos defendían bárbaramente, cerrados en un escuadrón...” “Matáronnos dos caballos, e hirieron cinco o seis y tantos otros cristianos...”

ZAZAZAZAZA

—Se acabó tu tiempo —dijo, seco y despectivo, con el mismo tono con que se habría dirigido a su *quiltro*.

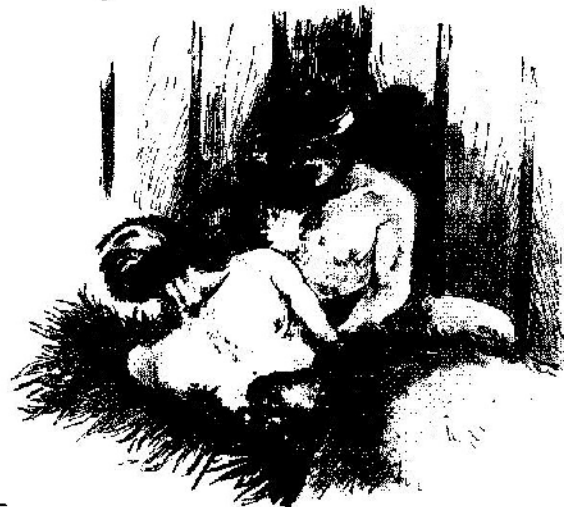
Diego sostuvo su mirada sin responderle.

Maulicán, entonces, desvió sus ojos hacia la mujer que se había hecho un ovillo junto al fogón, y le habló con brusquedad:

—¿Qué haces aquí? ¡Ve a ayudar a las otras que reparten los atuendos de guerra!

El joven indígena no se movió hasta que Quidora, suave como una sombra, pasó por su lado y salió de la ruca.

—En cuanto a ti, hombre blanco, ya te tendré bajo mi brazo —añadió, con voz dura—.



Ahora me aseguraré de que no huyas. Más tarde, cuando celebremos la victoria, tu corazón será mi premio.

El guerrero se inclinó sobre el enfermo y procedió a atarlo de pies y manos. Diego tuvo que ahogar un grito de dolor cuando Maulicán tiró bruscamente de su brazo. No opuso resistencia: sería inútil gastar las pocas fuerzas que tenía en tratar de vencer a ese corpulento mapuche.

El español quedó de espaldas e inmobilizado. El indígena abandonó la choza. Afuera, la agitación crecía por momentos, y Quidora, entre las mujeres, se inclinaba sobre una coraza de cuero. Vio a Maulicán salir de la choza y dirigirse hacia ella. Fingió estar concentrada en su tarea.

—Esa será la coraza que defenderá mi pecho, Quidora —dijo el indio posando una de sus manos grandes y morenas sobre un hombro de la mujer.



Ella tembló y no dijo nada.

—Cuando el sol se haya apagado y la sangre de los enemigos riegue la tierra, serás mi esposa. —Las palabras sonaron como una orden.

Quidora permaneció inmóvil y muda hasta que Maulicán se alejó. Sus pensamientos estaban en el hombre blanco.

Los ejercicios de los guerreros continuaban. Unos a otros se embestían, esquivaban boleadoras y laceaban piernas y torsos. Y mientras algunos trabajaban las lanzas, otros cubrían sus cabezas desnudas con pieles de animales o tocados de plumas: así, durante la batalla, sentirían la fuerza del puma, tendrían la visión del águila o estarían poseídos por la sagacidad del zorro.

Hacía exactamente ocho días que la actividad cotidiana del *rehue* se había alterado sin

A guerrear sin cabellos

Los mapuches se preparaban para la guerra haciendo todo tipo de ejercicios. Se pasaban ocho días ejercitando sus fuerzas, comían poco y dejaban de beber alcohol. Esto los hacía bajar de peso y recuperar agilidad.

Antes de entrar en batalla, se rasaban la cabeza para que el enemigo no pudiera cogerlos por el cabello.

Se comunicaban las fechas de reuniones, las del comienzo de las ofensivas y también el número de lanzas que llevaría cada jefe a la batalla. Para esto se servían del *pron*, que era un manojo de cordones de lana de diferentes colores y gruesos, con nudos que indicaban el número de días.



que don Diego se hubiese dado cuenta. Y esa mañana, las mujeres tampoco habían salido, como de costumbre, a preparar la tierra de la siembra o a lavar al río. Las más viejas se dedicaban a la paciente labor de moler el maíz, mientras las jóvenes, reunidas en grupos y parloteando, daban las últimas puntadas a los petos de cuero o preparaban las pequeñas bolsas con harina y ají que los hombres llevarían al combate.

Los niños imitaban a los mayores y jugaban a la guerra en la quebrada cercana, trepados a los peumos y boldos. La mayoría de ellos había atado a sus cabezas retazos de pieles de zorro. Daban gritos y aullidos, y sólo conseguían aumentar el alboroto reinante en el pequeño poblado.

Cuando Quidora vio que Maulicán desaparecía en el interior de la ruca de su padre Quilalebo, se levantó con sigilo y se dirigió una vez más al lugar donde descansaba el hombre blanco. Lo encontró forcejeando con las ligaduras que sujetaban sus manos.

—¡Desátame, Quidora, rápido —urgió el hombre.

—¡No, no puedo hacerlo, me matarían!

La machi: una bruja solitaria

Las machis eran elegidas entre las niñas que mostraban aptitudes para ese misterioso oficio, y luego su educación quedaba a cargo de otras machis.

Cuando una mujer se convertía en machi, abandonaba la vida en común con su familia y se iba a vivir sola en una ruca algo alejada del poblado. Las rucas de las machis se reconocían desde lejos, porque a su lado había siempre un

poste de madera tallado con peldaños y con la forma de una cabeza humana en su extremo superior. Estos postes se llamaban rehues.

La machi era muy admirada y le pagaban muy bien por sus servicios. Y no sólo celebraba machitunces, sino que también hacía actos de ventiloquia y hacía aparecer y desaparecer cosas por actos de prestidigitación.



—susurró la india, temblorosa. Y añadió—: Además... tú estás débil...

—¡Ayúdame!—esta vez la orden fue dada con una voz firme.

—Aquí estás protegido —insistió la joven—. Mi padre no quiere que mueras.

—Ya lo sé, pequeña, pero después de la batalla nada impedirá que Maulicán acabe conmigo.

—Pero yo soy mapuche y no puedo dejar que te vayas ahora. —Por primera vez las palabras de Quidora sonaron duras.

Y sofocando un sollozo, la muchacha salió de la ruca.

Pasó entre las mujeres, que la llamaron y, sin atender sus voces, siguió corriendo por entre los altos pastizales.

La machi vivía alejada del poblado. Desde lejos Quidora vio el humo de su caldero.

En ese momento un trueno bramó en el cielo y varias nubes negras se arremolinaron oscureciendo el rehue, frente a la ruca.

La vieja estaba encucillada junto al fogón. Su figura vestida de negro y el trapo rojo amarrado a su cabeza contrastaban contra el verde de los arbustos que la protegían del viento. Al

¿Cuándo se ofende al Pillán?

A la llegada de los españoles, el pueblo mapuche no tenía una concepción de bien o de mal a la manera de los conquistadores. Para ellos las malas acciones —el hurto, el adulterio o el asesinato— tenían un carácter de falta personal y directa del que cometía el delito con el ofendido, y no de un acto moral que ofendía a Dios. Estas malas acciones podían ser compensadas con algo por parte del delincuente o bien eran

vengadas por el agredido y por la comunidad entera a la que éste pertenecía.

El *Pillán*, que, más que un dios era una encarnación de los antepasados, no se ofendía con estos actos personales de la maldad. Se enojaba, en cambio, por las transgresiones a algún tabú o por la falta de cumplimiento de los rituales, y en estos casos desataba plagas de gusanos o de langostas, sequías e inundaciones.



escuchar los pasos levantó la cabeza, sin dejar de cantar una monótona canción. La infinidad de arrugas en el rostro de la mujer crecieron cuando sonrió a la joven india.

—¿Qué te trae por aquí, mi niña? ¿Te asustan los vientos de guerra? ¿O es que la voz del Pillán, que retumba allá arriba, te tiene atemorizada?

Quidora no respondió. Su pequeño y fuerte cuerpo se estremecía al contener el llanto que,



Para llamar y ahuyentar espíritus

Los mapuches tenían una concepción animista del mundo: pensaban que todos los hechos naturales, como la lluvia o el viento, se debían a la acción de seres superiores. Creían en un dios, el Pillán, que era el que gobernaba la Tierra e intervenía en las vidas de las personas.

También existían para ellos los espíritus malos —los *huecuves*—, que causaban muertes, enfermedades y todo tipo de desgracias. Estos espíritus malos eran temibles y había que ahuyentarlos; de esto se ocuparon primero los magos o chamanes, que al correr del tiempo se transformaron en los machis. Estos últimos eran por lo general mujeres, que hacían de brujas o curanderas. Las machis eran contratadas

para sanar enfermos o deshacer maleficios, mediante una ceremonia mágica conocida como *machitún*.

En cuanto al espíritu bueno —el Pillán—, se lo invocaba mediante la ceremonia del *guillatún*, presidida por un anciano y en la que participaba todo el pueblo. En medio de danzas y cantos, se sacrificaba algún animal y se rogaba por la protección del dios para las cosechas y animales. Luego de la ceremonia venía una fiesta en la que se comía y bebía chicha en abundancia.



pese a sus esfuerzos, escapaba de sus ojos. Se sentó sobre la tierra helada y escondió el rostro entre las manos.

—Lágrimas del corazón. Lágrimas que el viento de la guerra aumentarán —sentenció la machi.

—¡Ayúdame! —exclamó Quidora, clavando sus ojos brillantes en la mujer—. Dame algo para que el hombre blanco ate su vida a mi pueblo. ¡Tú puedes hacerlo!

—No se puede ir contra la voluntad del Pillán. El espíritu del hombre blanco sólo trae pesar y sangre a los nuestros. ¡No trates de atar la mano del viento al cuerpo de la roca!

La vieja reinició su canto gutural y comenzó a sumergir en la marmita de greda una serie de objetos: dientes de lobo, pequeños huesos y hierbajos. La joven la contempló en silencio, concentrada en su pena. La anciana revolvía lentamente su poción y alternaba los cantos con invocaciones a los cuerpos celestes:

—Padre del cielo: dale tu fuerza al brazo del guerrero. Madre tierra: endurece tu suelo para los pies del enemigo y suavízalo para la planta desnuda de nuestros guerreros. Madre de la noche: oscurece la vista del *huinca* e ilumina la del mapuche.

Inbunches y brujos perversos

Los *calcus* o brujos, a diferencia de los chamanes y de los machis que usaban sus poderes en beneficio de los hombres, eran malos y sólo procuraban hacer daño. A través de la magia negra, ellos eran los intermediarios entre los hombres y los huecues o espíritus del mal. Por esta razón los mapuches temían a los brujos y los perseguían con saña.

Los brujos se reunían de noche en cuevas en el fondo de los bosques. Allí convocaban a los huecues para que tomaran la forma que ellos les pedían: la de un vampiro que chupaba la sangre o la de una flecha envenenada. Luego se servían de estos animales u objetos para causar daño a alguna persona.

También acostumbraban a hacer alianzas con

un animal, como un zorro, una lechuza, un sapo o una culebra. Este animal se convertía en ayudante y "espía" del brujo. Sin embargo, los ayudantes predilectos de los brujos eran los *imbunches*, o bebés de seis meses robados por ellos y convertidos en monstruos dentro de las cuevas. Al correr del tiempo el *imbunche* se representó con la figura de un niño hinchado, con sus orificios naturales tapados artificialmente, la cara vuelta hacia atrás y una pierna pegada a la espalda.

Los envenenamientos y daños causados por los brujos eran tan numerosos que, cuando uno de ellos era sorprendido o denunciado por el machi, se le quemaba vivo y se le sometía a terribles tormentos antes de matarlo.



Luego la anciana cogió un palo, en cuyo extremo colgaba una red, y fue retirando del líquido humeante todo lo que allí flotaba. Siguió murmurando conjuros y vació el contenido en un paño rojo que tenía extendido en el suelo.

Quidora la vio separar porciones de hierbas, huesos y demases en dos montones.

Luego contempló cómo ésta envolvía sus preciosos objetos en pequeños trozos de tela y procedía a atarlos con un largo cáñamo.

De pronto, las voces que trajo el viento sobresaltaron a Quidora. Era su padre, seguido de Maulicán, que con andar silencioso se acercaban al lugar. Los dos venían con sus atavíos de guerra: el joven llevaba un gorro de cuero crudo con la cabeza de un puma, y el cacique coronaba su frente con las plumas de un águila. Ambos cubrían sus cuerpos hasta las rodillas con una pieza de piel de lobo marino.

Al llegar, saludaron a la machi con respeto, inclinando la cabeza, y simularon no haber visto a Quidora. La vieja terminó de recitar una letanía incomprensible, que duró largos minutos, antes de responder a su saludo. Luego les sonrió, con su boca desdentada, y entregó a cada hombre

En medio de un machitún

Pineda y Bascañán, en el *Cautiverio feliz*, describe la ceremonia del machitún: "...El enfermo estaba en un rincón del rancho, rodeado de muchas indias con sus tamborilejos pequeños, cantando una lastimosa y triste tonada con voces muy delicadas... Estaba cerca de la cabecera del enfermo un carnero ligado de pies y manos, y entre unas ramas frondosas de canelo tenían puesto un ramo de canelo... Los indios y el cacique estaban sentados en rueda, cabizbajos, pensativos y tristes, sin hablar ninguno una sola palabra... La machi sacó un cuchillo y abrió en dos el carnero, y sacó el

corazón vivo y palpitando, y lo clavó en una ramita, en medio del canelo... Después se acercó al doliente y con el mismo cuchillo con que había abierto al carnero, le abrió el pecho y comenzó a chupar todas las vísceras que iban apareciendo. Y todos juzgaban que con aquella acción echaba afuera el mal y le arrancaba el estómago..."

Durante el machitún la machi siempre caía en trance. Recorría el cuerpo del enfermo tocando el tambor llamado *cultrún* y haciendo sonar unas maracas de calabaza, al tiempo que esparcía humo y agua.



una bolsita. Ellos las colgaron de sus cuellos y luego de dar grandes muestras de agradecimiento, volvieron a hacer reverencias.

La anciana miró hacia el cielo y los indios la imitaron. Las nubes se habían oscurecido aún más y el olor a lluvia se mecía en el aire y movía las hojas de los árboles.

—A nuestro regreso, machi, traeremos la victoria. Haremos un *guillatún* y celebraremos la muerte de los blancos. ¡Acompáñanos con tus favores y despide a estos guerreros! —dijo el cacique.

Maulicán había estado observando de reojo a Quidora. Más que



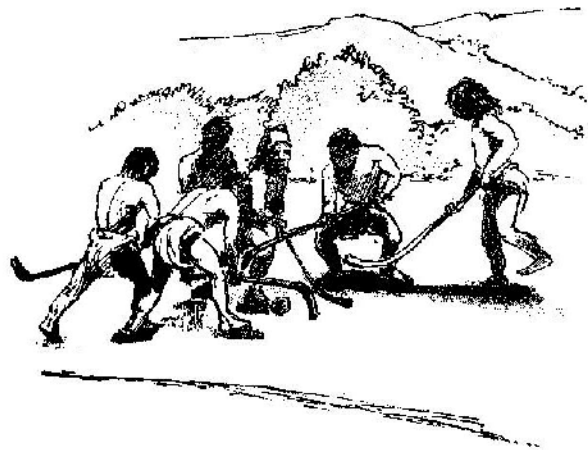
La chueca y la pelota

Los principales juegos practicados por los mapuches antes de la llegada de los españoles eran la chueca y la pelota.

En la chueca se colocaban frente a dos hileras de hombres que luchaban por llevar a su lado una bola de madera, con un palo arqueado de coligüe. Jugaban en una cancha que tenía cinco metros de ancho y unos cien de largo.

En el juego de la pelota se colocaban en círculo de ocho a diez jóvenes desnudos de la cintura para

arriba y se arrojaban unos a otros una pelota de madera, esponjosa como el corcho. Cada uno golpeaba la pelota con fuerza, con la palma de la mano, y la lanzaba hacia un jugador contrario para herirlo con el golpe. La gracia del buen jugador era la de esquivar el golpe sin dejar el puesto, para lo cual debía hacer verdaderos actos de acrobacia con su cuerpo, levantándose, saltando, echándose de bruces o de espaldas al suelo.



nunca odiaba a ese hombre blanco que no sólo quería arrebatarles sus tierras, sino también a sus mujeres. No podía entender cómo la joven india se resistía a amar a un guerrero como él, valiente y admirado, que había sido nombrado toqui. La muchacha debería odiar a ese español y sin embargo le había prodigado todo tipo de cuidados. La culpa era del cacique, que ya estaba viejo, con un corazón ablandado por los recuerdos: jamás debería haber permitido que ese maldito permaneciera con vida. ¡Pero ahora él era toqui y las cosas cambiarían...!

El joven irguió su torso y avanzó con disimulo hacia la muchacha. Cuando su rostro moreno de pómulos afilados quedó tan sólo a unos centímetros del de Quidora, la voz del indio fue un sople:

—Ese miserable blanco no volverá a contemplar la salida del sol. ¡Por mi vida que así será!

Los guerreros se retiraron y las mujeres se quedaron contemplándolos en silencio. La mano áspera de la machi se apoyó en el brazo de la joven india.



—Quidora: ve a hacer lo que tu corazón te ordena —murmuró. Y luego, rengueando, entró a su ruca de ramas y barro.

La joven india miró las aguas de la marmita. Sobre ellas aún flotaba una larga espina grisácea. La cogió con la rapidez de un zarpazo y la apretó contra la palma de su mano. Luego se alejó del lugar, veloz y silenciosa. Entre su



piel y su ropa llevaba ahora el amuleto que le daría el poder para liberar a don Diego.

Nadie la vio entrar a la ruca del español.

Veinte indios esperaban la orden del toqui, al pie de las araucarias. Se juntarían con los guerreros de los poblados vecinos, al otro lado del bosque de peumos, cuando el sol se detuviera sobre las montañas con nieve.

Estaban bien preparados: habían purgado sus cuerpos y, luego de siete días de ayuno y ejercicios, sus músculos estaban elásticos y sus piernas ágiles. Lanzas, flechas, hachas de piedra, hondas, porras y macanas colgaban de



Lanzas, picas, macanas y mazas

Los mapuches usaban contra los españoles picas cortas, de cuatro a cinco metros, en la primera fila de los guerreros; en la segunda fila blandían lanzas largas de seis a ocho metros. Las astas eran de coligüe y las puntas de madera endurecida. Con el tiempo trabajaron puntas de acero para sus lanzas, con las espadas que quitaban a los españoles.

Al lado de los guerreros con picas y lanzas, peleaban hombres armados con macanas y mazas. La macana era un palo duro y pesado de tres metros de largo, del grueso de una muñeca de la mano. "No hay hombre que no derribe ni caballo que no aturda", dijo de ella el cronista González de Nájera. Las mazas eran también de tres metros de largo y llevaban una piedra horadada sujeta

por correas en la punta.

Por último, detrás de los guerreros con picas y lanzas se colocaban los honderos y los arqueros, que lanzaban nubes de flechas y piedras.



sus cuellos o eran empuñadas con manos impacientes. Las macanas sobrepasaban en altura los cuerpos de los guerreros, y sus extremos curvos lucían amenazantes, en espera de los golpes que asestarían.

En esos mismos instantes, el toqui Maulicán salía de la ruca del prisionero. Sus ojos, negros y duros, estaban convertidos en un pequeñísimo trazo y sus puños se apretaban, hinchando las venas de brazos y manos. Miró a su alrededor, en busca de Quidora: algo le decía que ella había tenido mucho que ver en esta fuga. ¡Si llegaba a encontrarlos..!

El cacique lo esperaba, impaciente. Aunque con sólo mirar al toqui comprendió lo que había sucedido, supo también que ya no había tiempo para venganzas: el sol estaba en lo alto y el momento de la partida había llegado.

La orden del toqui estremeció hasta las más altas hojas de las araucarias. Y mientras los indios corrían con pasos livianos a través del bosque, Maulicán, a la cabeza, agarraba su lanza con tal fuerza que los nudillos de la mano se le volvían blancos.

Atrás, las mujeres volvieron a sus faenas y de lejos les llegó la voz de la machi, que al

Raptando esposas

Los mapuches eran polígamos y los hombres tenían hasta cinco esposas. Las mujeres se buscaban entre las familias vecinas y para ello se tenía que llegar a un acuerdo entre los jefes de familia. Como las mujeres trabajaban el campo, era mucho lo que se perdía si alguna de ellas se iba, por lo tanto había que ofrecer buenas compensaciones a cambio. Por lo general, la moneda habitual para

pagar por la novia eran las llamas, animales muy preciados por su lana fina y su utilización como medio de transporte.

Muchas veces los hombres se unían para asaltar a otras familias durante la noche y robarse a las mujeres. Esto les producía tal emoción, que incluso habiendo negociado antes a una mujer, hacían luego un simulacro de rapto, que dejaba a todos muy contentos.

Mientras más mujeres, más ricos

Los mapuches eran polígamos y podían casarse con el número de mujeres que sus recursos económicos les permitieran. Lo normal era tener cuatro o cinco, pero los caciques o ulmenes más ricos tenían hasta veinte. Claro que siempre la más importante era la primera, llamada *umendomo*, que era la verdadera dueña del hogar. Las demás estaban a su servicio.

En el fondo, la poligamia de los indígenas se debía a la necesidad vital de engendrar muchos hijos para mantener la raza. Por otra parte la mujer constituía la principal fuente de producción del hogar: tejía las mantas y frazadas, preparaba los cueros y las pieles, era magnífica alfarera, preparaba la chicha y trabajaba en la recolección de las cosechas.



compás del *cultrún* dejaba oír su voz monótona, invocando a los *huecuves* que cegarían al enemigo.

Quidora, luego de su visita a la machi, había entrado a la ruca como una tromba. Don Diego, de espaldas sobre el suelo y cubierto de sudor, luchaba con sus ligaduras. La india se arrodilló junto a él.

—Te soltaré antes que te maten. Huye hacia la quebrada y escóndete allí, sin moverte, hasta que llegue la noche.

La joven le hablaba con la cabeza gacha, sin mirarlo a los ojos. Y, luego de un momento de vacilación, sacó de entre sus ropas la espina que había cogido del caldero de la machi y con su filo procedió a cortar las ligaduras que sujetaban las manos del hombre.

—¡Que el Pillán te proteja! —dijo, en un murmullo, cuando terminó su tarea.

El español no respondió. Se incorporó lentamente y, con sus manos ya libres comenzó a desatar sus pies.

Quidora, rígida como una piedra, miraba el suelo.

La fuerza de las mujeres

La mujer araucana era excepcionalmente vigorosa. Según el cronista Rosales, ello les provenía "de criarse medio desnudas, al frío y al agua, con tan poco melindre y delicadeza que todas las mañanas, aunque esté granizando, se han

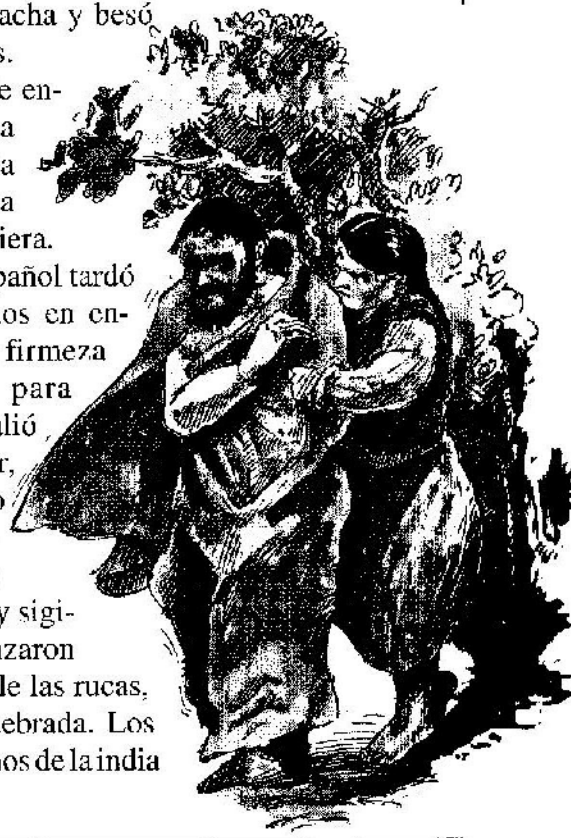
de bañar. Están hechas al trabajo y a moler, cargar a cuestas el agua, la chicha, la leña, las cosechas, sin descansar un punto".



Diego se levantó. Sus piernas, aún débiles y temblorosas, comenzaron a doblarse. Quidora, con presteza, abrazó por la cintura al español, sujetándolo, hasta que éste recuperó el equilibrio. Él estrechó con fuerza los hombros de la muchacha y besó sus cabellos.

Ella le entregó una larga manta oscura para que se cubriera.

El español tardó unos minutos en encontrar la firmeza necesaria para caminar. Salió al exterior, sostenido por la mujer, y ambos agachados y sigilosos, avanzaron por detrás de las rucas, hacia la quebrada. Los brazos anchos de la india



¡A beber, a beber!

No hay cronista que no hable de la gran afición a la bebida que tenían los mapuches. La bebida era inseparable de sus reuniones familiares o *cahuines*, de las faenas agrícolas, de las bodas, de los entierros, de sus ceremonias religiosas.

El cronista González de Nájera decía: "Son dados por sobre todo a las borracheras, para las cuales se juntan en sitios amenísimos: allí, congregados

en corrillos, hombres y mujeres se entregan a los manjares y al vino que llaman *chicha*; síguense luego los cantares y bailes donde, al son de tamborileos y flautas, enlazados todos, no sosiegan con cabezas y pies corriendo hacia todas partes. Estas fiestas suelen durar cuatro, ocho y más días".



sujetaban con fuerza el torso del hombre blanco, que jadeaba a cada paso.

—Déjame aquí —pidió él, en cuanto se internaron en la espesura de peumos y avellanos.

Pero ella seguía, terca y silenciosa, apurándolo en su marcha e indicándole el sendero que debía seguir. Cuando el sol ya no se veía bajo la cúpula verde, la mujer se detuvo.

—Siéntate —le dijo, y lo empujó hasta dejarlo semirrecostado sobre la cama de hojas húmedas y resbaladizas.

El hombre apoyó su espalda en el tronco áspero de un peumo y cerró un instante los ojos. Un olor penetrante y aromático llegó a sus narices: la palma ahuecada de la india le ofrecía harina tostada, mezclada con ají picante.

—Come: te dará fuerzas.

El español obedeció. El seco y fuerte alimento era mezclado en su boca con tragos de chicha de uva que Quidora traía en una pequeña botija colgada de su cintura. Sintió que un calor reconfortante subía por su pecho y lo envolvía.

—Déjame aquí, Quidora, y vuélvete al poblado. Si descubren lo que has hecho, lo

Lautaro, el caballerizo estratega

El indio Lautaro había sido caballerizo de Pedro de Valdivia. Como era muy inteligente, además de aprender las artes de la equitación, se dio cuenta en dónde estaba la fuerza de los españoles, pero también cuáles eran sus debilidades. Y después de haber aprendido lo suficiente de los hombres blancos, se unió a sus hermanos mapuches y los organizó en forma magistral para luchar contra los conquistadores.

Así se las arregló para

engañar a los españoles y sorprenderlos en la batalla de Tucapel. Los atacaron con furia en oleadas sucesivas de guerreros frescos y descansados. Al principio los españoles se defendieron muy bien, gracias a la superioridad de sus armas, pero luego, agotados por los incesantes ataques, intentaron emprender la retirada. Entonces los mapuches los empujaron hacia las quebradas abruptas y cayeron sobre ellos en forma masiva.



pasarás muy mal —dijo don Diego, al tiempo que se incorporaba.

Una vez de pie, la atrajo hacia él y la besó por última vez.

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas y sus manos se aferraron a las del hombre. Pero él se desprendió de ellas con suave firmeza y dando media vuelta se alejó del lugar, avanzando con dificultad entre las zarzas y las matas espinosas.

Quidora sabía que no podía insistir. Sabía también del peligro que corría si la encontraban con el blanco, justamente ahora, cuando el enfrentamiento se acercaba. Por eso lo vio alejarse sin protestar. Sin embargo, apenas la figura del español desapareció en la espesura, la angustia le cortó la garganta; y con un quejido de pájaro herido comenzó a caminar, con los ojos velados por las lágrimas, hacia su poblado.

Ya en él, Quidora se incorporó en silencio a las tareas reanudadas por las mujeres. No habían notado su ausencia y todas volvían a dedicarse a sus labores cotidianas con pasmosa tranquilidad, como si la guerra fuera sólo un acto cotidiano que no incidiera en el ir y venir de sus vidas. Como si después de ese día,

Lautaro y Napoleón: genios de las tácticas guerreras

Además de ser buenos espías, los mapuches fueron unos grandes estrategas y tácticos.

Elegían siempre los campos de batalla que eran adversos para el enemigo, como las quebradas o las laderas boscosas, terrenos difíciles para los caballos de los españoles y fáciles para los ágiles guerreros mapuches. También empleaban trampas: hoyos en el suelo, cubiertos con ramas, donde caían los caballos al pasar.

En cuanto a sus tácticas, éstas fueron tan hábiles, que se llegaron a comparar con las que usara luego Napoleón I con sus ejércitos: dividirse para marchar y concentrarse para atacar.

El naturalista Claudio Gay, admirado por las

tácticas araucanas, decía: "El número de sus guerreros, en verdad ilustres por hechos asombrosos, parece increíble; y su táctica era la de Follard, la de los mariscales del Luxemburgo y de Villars y otros autores sobre el arte de la guerra..."

Los araucanos atacaban por oleadas, y cuando los españoles estaban exhaustos, reemplazaban a los atacantes por otra oleada de hombres frescos. Este sistema fue perfeccionado por Lautaro, al mando de quien los indígenas desarrollaron concepciones estratégicas que parecen inverosímiles en un pueblo tan poco desarrollado culturalmente.

Alonso de Ercilla, en *La Araucana*, ensalza asimismo la astucia guerrera de los araucanos diciendo:



los días que iban a venir fueran a ser iguales. Quidora no pudo soportarlo. Para ella se había detenido la vida; había dejado de alumbrar el sol; la noche se había establecido en su cuerpo, anunciando la muerte. Se alejó de esas mujeres que seguían parloteando y preparando tortillas, y huyó, dando rienda suelta a su llanto, hacia la quebrada. Corrió y corrió, enceguecida por una tristeza que no podía controlar. Ni siquiera supo cuánto rato estuvo corriendo; ni siquiera se dio cuenta de que el sol declinaba y la luz iba disminuyendo bajo los árboles cuando las voces hirieron sus oídos. Se detuvo en seco y en un acto instintivo se aplastó contra el suelo, igual que una serpiente. ¡Había llegado al lugar que los guerreros mapuches habían elegido para organizar el ataque! Temerosa de ser sorprendida y provocar la furia de los hombres de su raza, que verían un signo de mal agüero en su presencia, se escondió entre la maraña verde. Sus ojos, acostumbrados a la distancia, escudriñaron a través de las ramas: al menos Diego no estaba con ellos. Eso quería decir que había logrado escapar.

Al grupo encabezado por Maulicán se le había unido el de los poblados vecinos. Eran,

*"También suelen hacer hoyos mayores
con estacas agudas en el suelo,
cubiertos de carrizo, yerba y flores,
porque puedan picar más sin recelo:
allí los indiscretos corredores,
teniendo sólo por remedio el cielo,
se sumen dentro, y quedan enterrados
en las agudas puntas estacadas".*

Los superespías

Los araucanos eran unos maestros del espionaje. Cambiaban a los españoles sus mujeres o sus niños por armas, y luego estas mujeres y estos niños los informaban de todo lo que ocurría en

el campamento español. Este sistema se fue perfeccionando en el transcurso de la guerra, hasta llegar a ser un sofisticado sistema de espionaje, ante el cual los españoles poco podían hacer.



en total, cincuenta y cinco hombres dispuestos a morir. El maputoqui al mando de la ofensiva se llamaba Ancanamón. Era un indio joven, de mirada inteligente.

A pocos metros de Quidora, y sin imaginar la presencia de la muchacha, Maulicán esperaba la orden de ataque, con la mente llena

Arboleda mapuche

Al sur del Biobío, entre el río Itata y el Toltén, donde vivían los mapuches, abundaban los bosques.

Robles, coigües, raulíes, mañíos, laureles, tepas, ulmos, olivillos, peumos, lingües, alerces, cipreses, lumas, avellanos, canelos y araucarias eran los compañeros permanentes de los indígenas de esa zona. También había sauces, quilas, ciruelillos, aromos, hualtatas, murtilias.

Los mapuches, por su parte, cultivaban papas, maíz, porotos, ají, quinoa, mandioca y maní. La mayoría de estos frutos de la tierra eran desconocidos para los españoles, que tuvieron que descubrir América para llegar a saborear un exquisito plato de papas fritas o un pastel de choclo.



de pensamientos oscuros y el corazón henchido de rabia. ¡Qué difícil se le hacía esperar la orden del maputoqui para atacar! Él les haría ver a los blancos que eran unos intrusos en esa tierra. Cada vez que imaginaba el rostro de un español veía el de don Diego y su sangre hervía. ¡Esta vez su arma no dejaría a un solo enemigo con vida y sería el primero en correr hacia ellos, como un toro enfurecido! Apretó con fuerza la lanza y la sangre le llegó al rostro en oleadas calientes.

—Tranquilo, Maulicán: que la ira no ofusque tu mente. El guerrero tiene que actuar con la fiereza del puma, pero también con su frialdad y astucia. —La voz del cacique Quilalebo habló junto a él—. Conozco esa mirada y sé lo que estás pensando. Sólo cuando logres controlar tus sentimientos llegarás a ser un maputoqui. Y entonces, serás el mejor.

Maulicán no alcanzó a responder pues en ese momento les llegó desde el bosque un grito de alerta. Y al instante aparecieron de entre las ramas dos jóvenes guerreros que corrieron hacia Ancanamón, el maputoqui.

—¡Ahí vienen! ¡Están ahí, a la distancia de una carrera corta! —acezó uno de los jóvenes, indicando con su mano frente a él.

Hernando de Magallanes y el océano Pacífico

Después que Cristóbal Colón descubriera América y luego que Américo Vesputio repitiera el viaje de Colón y llamara Nuevo Mundo a las tierras a las que había llegado, muchos navegantes siguieron sus pasos. Uno de ellos fue Hernando de Magallanes, el primero en ver las costas del territorio de Chile.

Magallanes, marino portugués, corpulento, cojo y de grandes barbas, en su afán de hallar una nueva ruta para llegar a los países de las especias, encontró el camino que unía a los dos océanos y que hoy se conoce como el estrecho de Magallanes. Este navegante, de pie en la popa de la *Trinidad*, vio por primera

vez las costas de Tierra del Fuego en la primavera de 1520. Y luego de su viaje por el Atlántico—en el que había estado varias veces por naufragar debido a los fuertes temporales—llamó océano Pacífico a ese mar que lo recibió con engañosa calma.

Aunque tal vez a Magallanes le hubiera gustado bajarse y explorar esas tierras que desde su barco aparecían con impresionante belleza, no pudo hacerlo: su misión era regresar a España dando la vuelta por la ruta de las Indias. Desgraciadamente en la isla de Sebú, en las Filipinas, lo mataron los indios con una flecha envenenada.



—¿Quiénes? —preguntó el maputoqui, aún sin entender.

—¡Los blancos! ¡Se adelantaron! —respondió el recién llegado.

El maputoqui endureció el rostro. ¿Cómo era posible? Eso quería decir que sus espías habían fallado o que eran traidores. El ataque por sorpresa que ellos habían planeado con tanta anticipación había sido descubierto y los odiados españoles habían tomado la ofensiva. La ira llenó su pecho y subió por su garganta. Ya verían esos blancos: ¡no alcanzarían a llegar ni al bosque cercano al poblado!

Cuando Diego se separó de la joven india, anduvo varias horas. No dio tregua a su cuerpo ni se permitió descansos largos. Sólo se detuvo por momentos para comer la harina con ají que Quidora le había dejado, y beber largos sorbos de chicha. No sentía ya dolor en su brazo: quizás lo tenía dormido o tal vez ese alimento fuerte y picante era mágico. Sin embargo, llegó el momento en que el contenido de la bolsa y la botija se acabaron y sus fuerzas también.

Diego de Almagro: una amarga conquista

Diego de Almagro fue el primer español que emprendió la conquista de este largo país que llamaron Chile, el año 1536.

Almagro partió de Cuzco con 132 hombres a caballo, cientos de indios yanacunas y muchos negros. Su viaje a través de la cordillera fue durísimo: los hielos les bloqueaban el camino, el viento les cortaba la respiración, la puna los agotaba, las temperaturas bajo cero los congelaban. Cóndores y otras aves de rapaña los vigilaban de lo alto y los indios y los caballos fueron muriendo de a poco: una huella de cuerpos sin vida iba marcando el paso de la expedición. Finalmente un grupo pequeño de hombres exhaustos y moribundos

llegó al valle de Copiapó, donde había indios pacíficos que les procuraron con qué reponer sus fuerzas.

Pero las riquezas que esperaban encontrar los conquistadores no aparecían. Siguieron viaje al sur, hasta las orillas del río Maule. Allí los indios mapuches, al verlos aparecer en esos extraños animales tan grandes y desconocidos para ellos—los caballos—, se desconcertaron y los atacaron con furia. Esa fue la batalla de Reinohuelén, el primer enfrentamiento entre los guerreros mapuches y los españoles.

Exhaustos, desanimados ante la furia mapuche y aún sin el ansiado oro, las tropas de Almagro regresaron al Perú.



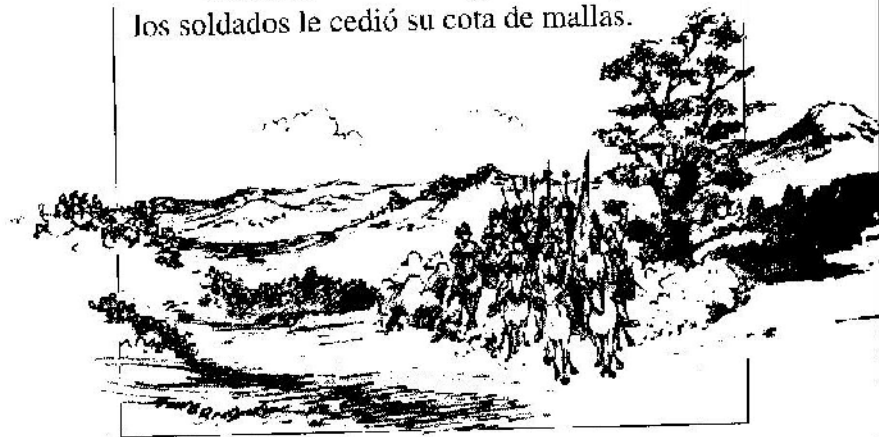
Comenzó a dar traspiés por el camino pedregoso, y cuando creyó que finalmente el cansancio lo vencería, una polvareda en la planicie lo hizo alertar sus sentidos embotados por la chicha y el esfuerzo. Buscó refugio tras unas zarzas y lentamente comenzó a distinguir figuras y siluetas en medio de la nube opaca del horizonte.

Eran los españoles.

Sus compañeros de armas lo vieron avanzar como una aparición, con los brazos en alto bajo la manta negra, los pasos tambaleantes y los ojos extraviados.

—¡Vive Dios, es don Diego! —gritó el capitán, galopando hacia él.

Le reanimaron con aguardiente y uno de los soldados le cedió su cota de mallas.



Pedro de Valdivia: un final terrible

Pedro de Valdivia vivía en el Perú sirviendo en el ejército de Pizarro cuando un buen día, ante la sorpresa de todos, pidió autorización para emprender una nueva expedición a las tierras del sur. Pocos hombres quisieron seguirlo en una aventura que les traía tan malos recuerdos luego de la odisea que viviera Diego de Almagro, en su viaje de conquista a Chile. Por eso, cuando Valdivia salió de Cuzco, en 1540, sólo veinte hombres y doña Inés de Suárez lo acompañaban.

Pedro de Valdivia fundó, entre muchas otras, la ciudad de Santiago. Fue un hombre recio y valeroso, que luchó encarnizadamente con los mapuches. Finalmente fue derrotado por los indígenas, al mando de Lautaro, en la batalla de Tucapel. Allí fue tomado prisionero y condenado a muerte. Luego su cuerpo fue cortado en trozos y los mapuches comieron su corazón.



—¡Aceptadla, don Diego! ¡En vuestras condiciones la necesitaréis más que yo!

Luego le entregaron un caballo.

Y el grupo, con uno más a la cabeza, reanudó la marcha.

Media hora más tarde, mientras treinta y cinco españoles cabalgaban y el brillo de sus corazas lanzaba pálidos reflejos bajo el sol moribundo de la tarde, los araucanos, alineados en el borde de la quebrada, se lanzaron al ataque.

La primera fila de guerreros indígenas avanzó con quince hombres, armados de picas cortas. Una segunda fila se alineó más atrás, enarbolando lanzas de siete metros de largo; sus puntas, de madera endurecida, apuntaron hacia el cielo y las manos nerviosas se apretaron a las astas de coligüe.

Otro grupo de hombres corrió a reforzar la segunda fila, haciendo girar enormes mazas en el aire; los extremos de éstas, redondos y pesados, caerían con fuerza sobre españoles y caballos. Tras ellos se apuraron los piqueros, los honderos y los arqueros, premunidos cada uno de sus piedras y flechas.



—¡Ahhhhuuuuuhhhhhh!

El grito del maputoqui enardeció hasta el último nervio de los hombres de raza mapuche que, como un solo y rabioso animal marino, emergieron de entre las olas verdes de la quebrada.

Los gritos y aullidos de los hombres se unieron al chillido de los queltehues y a los silbidos de las perdices que abandonaban, espantadas, sus nidos de tierra.

Y mientras un escuadrón de guerreros mapuches avanzaba entre gritos, envuelto en corazas de cuero y tocados de plumas, otro



grupo de indígenas aguardaba en silencio, con la inmovilidad del animal al acecho, escondido entre los canelos, las murtillas, los peumos y los coigües de la quebrada.

Los españoles los vieron surgir de entre los pastizales en una sorpresiva tempestad de flechas y piedras.

—¡En nombre de Dios y del rey! gritó el capitán español, levantando su espada y espoloneando su caballo.

El tropel de cascos y brillos metálicos avanzó con ímpetu.

Ejercicios para el cuerpo y la memoria

A los catorce años los niños comenzaban a ser educados en el ejercicio de las armas y a robustecer el cuerpo mediante el ejercicio físico. Este entrenamiento duraba tres años, al término de los cuales el joven era admitido en la casta de los guerreros o *conas*.

Por otra parte, los ancianos de la tribu enseñaban al niño varón el arte de hablar en público y lo hacían desarrollar la memoria, para

acostumbrarlo a transmitir textualmente mensajes oídos una sola vez.

La enseñanza de las niñas corría a cargo de las mujeres de edad madura. Aprendían a tejer ponchos y paños, cultivar los sueños, alfarería y las técnicas para hacer chicha. Como los mapuches eran muy aficionados al alcohol, para ellos era muy importante tener una mujer en casa que supiera preparar bien esta bebida.



Los mapuches aumentaron sus gritos y la velocidad de la carrera.

Tan sólo habían pasado unos minutos y el choque de picas y lanzas contra sables y espadas hizo eco en la quebrada.

Los españoles atacaban con diestros golpes metálicos y sus caballos, bien manejados, esquivaban flechas y piedrazos. Entre ellos, un hombre con el brazo en cabestrillo y mirada azul y encendida, lanzaba golpes de espada a destajo sobre cabezas y torsos.

Maulicán lo vio. Y con un aullido de lobo levantó su lanza y se abrió camino entre los guerreros. Pero en ese instante un español moreno, con una gran cicatriz cruzándole una mejilla, le bloqueó el paso con su cabalgadura. El mapuche clavó la lanza en el ijar de la bestia, que corcoveó con un relincho estrepitoso, antes de caer al suelo. El español rodó junto con el caballo, pero alcanzó a ponerse de pie en el preciso instante en que el indígena se le venía encima. Se trenzaron en una lucha de lanza contra sable, que fue rápidamente superada por la agilidad de Maulicán. El español, sin su cabalgadura, poco pudo hacer. El peso de su coraza bloqueaba sus movimientos y aunque su

Contando en mapuche

Cero :	Cheu Nu Rumc	Siete :	Relgue
Uno :	Kiñe	Ocho :	Pura
Dos :	Lipu	Nueve :	Ailla
Tres :	Kila	Diez :	Mare
Cuatro :	Meli	Once :	Marekiñe
Cinco :	Kechu	Doce :	Marcepu
Seis :	Kaya		

El Totem: apellido de la familia

El totem o *cuga* era el animal, objeto o fenómeno que daba el apellido a una familia. El totem provenía de un alianza de sangre que el fundador de la familia había hecho con algún animal, objeto o fenómeno de la naturaleza. Pensaban que

el totem no sólo les daba un nombre como familia o clan, sino que también les entregaba sus cualidades.

Los *cugas* más generalizados eran *huenu* (cielo) y *antu* (sol). También *lemu* (bosque), *lauquen* (mar o lago) o *ñancu* (águila).



brazo manejaba el arma con pericia, su cuerpo no pudo mantener el equilibrio contra el embiste de ese cuerpo elástico y sudoroso que se le vino encima. Trastabilló, cayendo al suelo de espaldas, donde quedó a merced del enemigo. Este, con un grito no acallado, ensartó su lanza en el cuello del español. La sangre manó en un río rojo y caudaloso.

Maulicán no se detuvo. Buscó a don Diego entre los cuerpos que caían y entre los que luchaban. Pero no lo veía por parte alguna. Y a la espera de encontrarse frente a él en algún momento, signió en la batalla.

Por su parte don Diego y otros tres soldados luchaban, alejados del grupo, frente a la quebrada. Con un increíble salto, un indio se subió a horcajadas al anca del caballo del maltrecho Diego y, si no hubiera sido por la pronta intervención de su capitán, el joven habría muerto con una *picana* clavada en la nuca. El capitán, rápido y diestro, envió un mandoble al costado del indio, haciéndolo rodar hasta el suelo. Pero los indígenas, en una hábil maniobra, lograron hacer caer de sus cabalgaduras, uno a uno, tanto a Diego como a los tres blancos que luchaban junto a él.

Los muertos: embajadores ante el Pillán

Los mapuches creían en la inmortalidad del alma. Al morir, las personas se iban a lugares situados en las cumbres de los volcanes, en las nubes o más allá del mar. A veces estos muertos se hacían presentes para sus parientes en el crujir de las tablas, en el silbido del viento o en el vuelo de un moscardón negro.

Los guerreros muy valientes o los caciques podían llegar a transformarse en pillanes en el otro mundo. Estos pillanes, o almas buenas, eran las protectoras de su familia, y una especie de "embajadores" de los suyos ante el Pillán. Cada familia rendía culto a sus antepasados, representándolos en forma de totem.



Quidora, aún acurrucada entre las matas de la quebrada, vio al grupo de indios y españoles acercarse hacia donde ella estaba. Al comienzo ni siquiera reconoció a su padre entre los guerreros, pero pronto, cuando ya el grupo orillaba la hondonada, reprimió un grito: don Diego, con la mirada febril, se enfrentaba al cacique Quilalebo.



El mal de ojo

Los mapuches pasaban continuamente luchando entre ellos, y esto por la creencia de que las enfermedades y la muerte eran causadas por el mal de ojo, que era provocado por alguna persona que había convocado a un mal espíritu para causar daño. La machi era quien dicta-

minaba el causante de una terrible enfermedad o de una muerte, y la familia no descansaba hasta vengarse. Esto degeneraba en verdaderas guerras entre los clanes.

De esta inclinación a la hechicería habla también Alonso de Ercilla en *La Araucana*:

*"Usan el falso oficio de hechiceros,
ciencia a que naturalmente se inclinan,
en señales mirando y en agujeros,
por las cuales sus cosas determinan;
veneran a los necios agoreros
que los casos futuros adivinan:
el agujero acrecienta su osadía,
y les infunde miedo y cobardía".*



La mandíbula endurecida del anciano se abrió para gritar.

—¡Blanco, maldito! Debí dejar que tu sangre corriera bajo la mano de Maulicán.

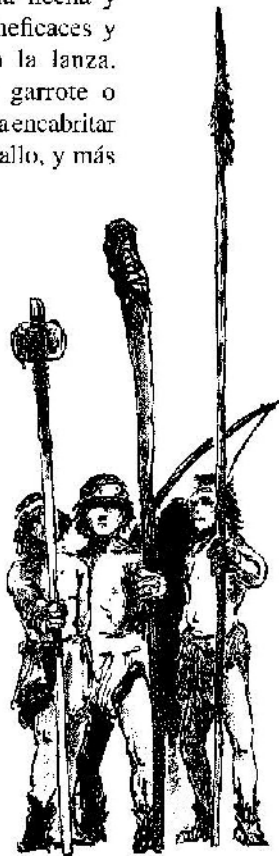
Los ojos de Diego brillaban. Ya nada podía detenerlo. Distinguió vagamente a Quilalebo, pero luego de un instante, abrasado por la fiebre y el alcohol, sólo reconoció en él al enemigo y juró a viva voz su lealtad a Fernando de España. Y mientras a su lado sus compañeros gritaban salvos al rey cada vez que los sables se enterraban en las carnes morenas, él, sin dejar de mirar al cacique, calculaba cada movimiento para no errar, lanzaba maldiciones y volvía a nombrar al soberano.

Quidora lloraba tapándose la boca con las manos. Ahí estaba su Diego, aunque no reconocía esas pupilas dilatadas y la dureza de su rostro desencajado. Y ahí estaba también su padre, levantando su lanza con toda la fiereza de su raza, para herir de muerte al enemigo. Y ella, temblando como los juncos del pantano cuando el Pillán les envía su aliento, los contemplaba en silencio, sin saber qué desear ni qué hacer. Era como si las flechas de todo su pueblo partieran en dos su alma.

El garrote arrojadizo

La guerra produjo un desequilibrio entre la capacidad militar de los mapuches y los demás aspectos de su desarrollo social. Abandonaron la flecha y la honda, ya ineficaces y perfeccionaron la lanza. Inventaron un garrote o bastón corto para encabritar y aturdir al caballo, y más

tarde, el garrote arrojadizo. Estas nuevas armas les permitirían derrotar a los españoles en la batalla de Concepción (1555).



A lo lejos, la primera horda de mapuches que había atacado retrocedía. Y en medio del desconcierto de los españoles, que ya se creían victoriosos, un segundo grupo de hombres frescos y descansados irrumpió desde las entrañas de la quebrada, en un nuevo grito de guerra y armas.

Quilalebo luchaba como un joven. Su cuerpo se doblaba en dos y se levantaba con elasticidad, sin dar tregua a la espada que buscaba su corazón. Diego, con la respiración entrecortada, sostenía la lucha sin desmayar, pese al dolor que latía con fuerza en su hombro y a la fatiga que le nublabla la vista: su incansable espada parecía moverse sola, siguiendo el ímpetu que ese brazo siempre le había dado.

La lanza de Quilalebo rasguñó un par de veces el pecho del español, levantando su cota y jirones de carne. La espada del blanco respondió hiriendo el hombro del anciano y haciendo brotar su sangre. Los dos enemigos retrocedieron hacia la quebrada: don Diego arremetía como un toro, ya casi no veía. El cacique, entre golpe y golpe, calculaba la distancia que faltaba para alcanzar el borde de la hondonada. Si lograba hacer llegar al español hasta allá, sería fácil hacerlo perder

El lazo, invención diabólica

En Mariguicño sorprendieron a los españoles con el lazo —invención diabólica según Góngora y Marmolejo— que consistía en un asta de cuatro metros con una cuerda terminada en lazo en la punta. Luego de atrapado el jinete, se reunían varios mapuches para derribarlo. Por esa misma época idearon los parapetos, verdaderos blindajes móviles de madera que, a manera de escudos, los protegían mientras avanzaban.

Jinetes mapuches

Los mapuches eran tan astutos que lograron volver en contra de los españoles las mismas armas que les habían arrebatado. De este modo obtuvieron del caballo un gran rendimiento, a tal punto que crearon la infantería montada medio siglo antes que los ejércitos europeos. El genio militar de estos guerreros brilló en todo su esplendor al mando del indio Lautaro, el gran estratega y táctico de la época de la Conquista.



el equilibrio: rodaría por la pendiente hasta el fondo del precipicio.

Quidora se escondió aún más entre el follaje. Hacia ella venían su padre y el español que amaba, trenzados en una lucha que acabaría con la vida de uno de los dos.

Los pies del indio ya tocaban el arbusto tras el cual se ocultaba la joven. Escuchó el grito de Diego y vio cómo las gruesas piernas desnudas daban un salto hacia el costado. Luego brilló el acero de una hoja y un cuerpo rodó por tierra.

El español aún no retiraba su arma del pecho del cacique cuando, con un grito de leona enfurecida, saltó de entre las matas una figura oscura y pequeña. Don Diego, con la respiración entrecortada y una sorpresa sin límites, la vio coger del suelo la lanza del indio muerto.

Quidora lo enfrentó con los ojos oscurecidos. Sus brazos se alzaban sujetando con firmeza la empuñadura del coligüe.

—¡Quidora!

El grito ronco del español se confundió con el de la india, mientras la lanza se enterraba en el cuello del hombre, con fuerza de guerrero y rabia de mujer desesperada.



En ese momento atronó el Pillán y la lluvia comenzó a caer, copiosa, sobre las tierras de Arauco.

Cuando Maulicán llegó al lugar, el cuerpo de don Diego de López y Mancilla, hidalgo español, yacía sin vida sobre las tierras de un país que se resistía a la conquista. Abrazada a él, la muchacha india lloraba, y su lamento estremecía la quebrada y el valle.

Más allá, sobre los pastizales, seguía la batalla entre españoles y mapuches.

Y seguiría durante trescientos años.

La historia dice que Quidora nunca quiso casarse. Se fue a vivir junto a la machi y de ella aprendió su magia y saber. También se cuenta que ella, durante las noches de luna llena, visitaba el lugar donde habían muerto su amado y su padre para recitar conjuros que atraían a los pillanes. Durante esas noches, todos los habitantes de los alrededores decían escuchar ruidos de aguas, vuelos y chillidos de pájaros espantados.



La leyenda de don Diego, hidalgo español, y Quidora, joven araucana, se contaría primero junto al fuego de las rucas y luego se cantaría en las tertulias de los salones. Y así, de boca en boca, llegó hasta nuestros días.





LA LEYENDA DEL LAGO
DE LA LUNA LLENA

Cuenta el trueno con voz ronca
cuenta el queltehue al volar
del amor de una araucana
que a un español quiso amar.

(Es Quidora, es don Diego).

Llora el ciclo en su recuerdo
cuando trata de lavar
esa tierra enrojecida
que no quiere perdonar.

(¡Ay, Quidora, ay don Diego!)

Mató don Diego, el hidalgo,
al indio que lo acogió.
Mató la india Quidora,
al español que la amó.

(¡Grita Quidora, muere don Diego!)

Las lágrimas de la joven
de tanto correr formaron,



un lago tan triste y blanco
que las aves se alejaron.

(Llora Quidora, duerme don Diego).

También se ensombreció el sauce,
que en sus orillas lloró.
Allí no crecieron peces,
allí no anidó una flor.

(Calla Quidora, calla don Diego).

Dicen que el lago aparece
en noches de luna llena,
y que sus aguas reflejan
una figura morena.

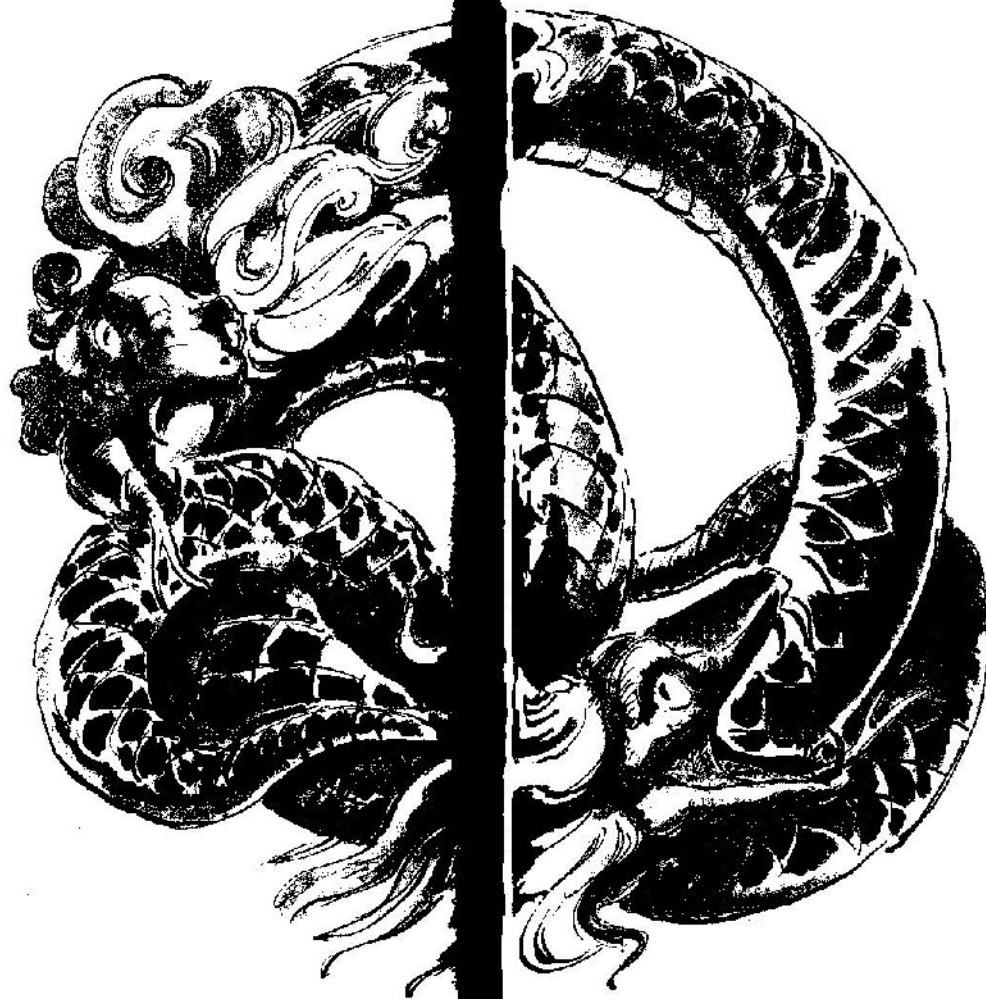
(Vive Quidora, vive don Diego).

La leyenda del diluvio

El espíritu de las aguas o Coi-Coi, encarnado en una gran culebra, luchó con Ten-Ten, el espíritu de la tierra, encarnado también en una culebra.

Coi-Coi quería destruir la tierra y acabar con sus habitantes, haciendo que se saliera el mar. Ten-Ten, que supo de sus intenciones, ofreció refugio a los hombres en la cumbre de las montañas. Pero la mayoría de ellos no creyó en las advertencias de Ten-Ten y sólo unos pocos subieron hasta lo alto.

Así, cuando Coi-Coi levantó las aguas, todos los hombres que se habían quedado en las llanuras fueron transformados en peces, rocas, plantas y otros seres marinos. La furia del mar fue tan grande que alcanzó las más altas cumbres y



Ten-Ten tuvo que elevarlas hasta las vecindades del sol para que no fueran cubiertas. Claro que el calor del sol llegó a chamuscar a muchos de los refugiados, pero finalmente las aguas se secaron y todo regresó a la normalidad.

Según la leyenda, cuando las mujeres que se habían salvado en las montañas bajaban a mariscar al mar, se encontraban con los hombres transformados en peces o rocas. Dice también la leyenda que engendraron con ellos muchos hijos.



GLOSARIO DE PALABRAS MAPUCHES

Machi: mujer que hace de bruja o curandera.

Quipu: cordel con nudos. Cada nudo representa un día.

Toqui: jefe militar de una tribu.

Maputoqui: jefe militar de un conjunto de tribus reunidas en pie de guerra.

Quiltro: perro chico y lanudo.

Rehue: poste de madera con forma de cabeza humana en su extremo superior.

Pillán: dios que encurna a los antepasados.

Huinca: hombre blanco.

Guillatún: ceremonia religiosa para invocar al Pillán.

Macana: palo duro, grueso y pesado.

Cultrín: tambor que se toca en las ceremonias religiosas.

Huecuves: espíritus malos.

Picas: astas de madera cortas y afiladas en la punta.

Lanzas: astas de coligüe de seis a ocho metros de largo, con puntas afiladas.

Mazas: patos de tres metros de largo con una piedra en la punta.